

El parricida de Fuente Álamo mató a su hijo porque le habían diagnosticado su misma enfermedad ósea

Antonio García, un hombre obsesionado por su parálisis, tuvo que tomar sedantes para cometer el crimen

R. FERNÁNDEZ/G. MÁRMOL • FUENTE ÁLAMO
Arrastraba desde hace años una enfermedad que le corroía la cadera y no quería que su hijo menor, Ángel de Jesús, «el más parecido a él», según coinciden los vecinos, tuviera que soportar igual sufrimiento. Hace apenas un

mes un especialista le había diagnosticado al niño el mismo mal y en la cabeza de Antonio García Martínez, un hombre introvertido, casi huraño, pero que nunca había dado muestra alguna de un carácter violento, comenzó a tomar forma la idea de cortar de raíz aquella

maldición. Suscribió sendas pólizas de enterramiento para él y para su hijo y, tras pagarlas por adelantado, escribió a tiros el epílogo de su vida y de la de su pequeño. La falta de valor la compensó con una fuerte dosis de sedante. Ésta es la principal hipótesis policial.

Ningún vecino de la pedanía de Las Palas, en el término de Fuente Álamo, hubiera sido capaz de imaginar hace apenas dos días que Antonio García, de 37 años y desde hace un lustro conocido en el pueblo por el apelativo de Antonio, *El inválido*, fuera a acabar de tres disparos con la vida de uno de sus hijos, Ángel de Jesús, y que se reventara después el corazón con la misma escopeta Franchi semiautomática, de cuya existencia muy pocos sabían.

No podían siquiera intuirlo, pese a que eran conscientes de que la enfermedad reumática degenerativa que le había retorcido las piernas, y que le había obligado a pasar por el quirófano para que le implantaran una prótesis de cadera —se negó posteriormente a una segunda intervención—, le tenía completamente obsesionado. Ahora, tras la tragedia, muchos han comenzado a recordar retazos de conversaciones a los que nunca concedieron demasiada importancia.

«Los inválidos tendríamos que estar todos muertos», le había espetado un día a su vecino Ginés Pérez. Y Juan Martínez, propietario del bar Perdigón, del que Antonio García no era cliente, «porque no era hombre de bares», asegura que una semana antes le había dicho a su cuñado que se iba a quitar de enmedio.

La enfermedad no sólo le había destrozado la cadera, sino también las ganas de vivir. Era un hombre joven y especialmente robusto, que no mucho tiempo antes se había ganado la vida repartiendo pan o trabajando a jornal con un tractor y que ahora, condenado a subsistir con una pensión de 60.000 pesetas y el dinero que su mujer obtenía limpiando casas, se limitaba a vigilar a sus hijos y a recogerlos a la salida del colegio, hasta el cual se desplazaba en una bicicleta vieja.

«Se le veía pasar con su hijo en el asiento trasero y con el bastón



La viuda de Antonio García y madre de Ángel de Jesús en el momento de llegar a la iglesia. / EFE

en la mano; siempre juntos», afirmaba ayer una anciana, Antonia Moreno, mientras adquiría en una furgoneta ambulante unas sardinas para sus dos gatos.

Si le saludaban, devolvía el saludo. Pero siempre fue hombre de pocas palabras y más desde que su estado físico comenzó a degenerar. Sufrió, casi siempre en silencio, pero su mayor obsesión era que sus hijos pudieran pasar algún día por lo mismo. De nada servía que todos insistieran en que su enfermedad no era contagiosa.

«No dejaba que los críos se sentaran en su silla, ni que comieran con sus cubiertos y si alguna vez no les hizo el bocadillo fue por miedo a contagiarlos», asegura un vecino, que prefiere mantener su

identidad en la reserva «porque no estoy seguro de que contar todo esto esté del todo bien».

Fuentes de la investigación confirmaron a *La verdad* que los peores temores de Antonio se confirmaron hace apenas un mes, cuando un médico le dijo que su pequeño sufría la misma enfermedad.

La idea de terminar con todo por las bravas acabó de tomar forma en su cabeza. Contrató dos pólizas con la aseguradora Finisterre de Fuente Álamo y pagó la mensualidad por adelantado, con lo que garantizaba que su entierro y el de su hijo quedarían cubiertos.

Hacia la una de la tarde del miércoles, aprovechando que su otro vástago, de diez años, estaba en casa de sus suegros, abandonó

la vivienda en compañía de Ángel de Jesús y encaminó su destartado Renault 6 hasta una rambla próxima. Los primeros datos recogidos por la Guardia Civil apuntan a que pudo pasar más de una hora hasta que se decidió a dar el paso.

Cargó entonces su escopeta con cinco cartuchos y, posiblemente con sus sentidos muy mermados por múltiples sedantes —aparecieron luego los envases en esa zona—, descerrajó dos tiros a su hijo en la espalda y un tercero, el de gracia, en la cabeza. Después se recostó contra el coche, apoyó la caliente boca del arma sobre su pecho y apretó el gatillo. Su cuerpo sin vida quedó erguido, sostenido por la puerta del vehículo.

Ayer, a la puerta de su casa, y a la fresca sombra de un níspero y de un ciruelo, permanecían aparcadas dos bicicletas sin dueño. Una roja, del padre, y otra verde, más pequeña, de su hijo.

Ayer, bajo un níspero, permanecían aparcadas dos bicicletas sin dueño. Una roja, del padre, y otra verde, de su hijo pequeño

«¡He encontrado muerto a Antonio, 'El inválido'!»

R. F. / G. M. • FUENTE ÁLAMO

La mujer supo que algo iba mal, muy mal, cuando observó que su hijo regresaba a la carrera por los huertos de frutales, olvidado de la suerte de su rebaño de 400 ovejas. Tenía el rostro desencajado y cuando llegó a su altura le dijo: «¡Me he encontrado en la rambla a Antonio, *El inválido*, y a su hijo pequeño! ¡Están muertos y junto a ellos hay una escopeta!».

Quien así gritaba, con el rostro desencajado, era Antonio Díaz, un pastor que vive a apenas veinte metros de la casa del suicida y a quien el azar había conducido ese día hacia el estremecedor escenario, al que ya no quiso regresar. Fueron su padre, José Díaz, y su vecino Ginés Pérez

quienes alertaron a la Guardia Civil y se acercaron después hasta la rambla.

«Él seguía en pie, erguido, supongo que sostenido por la puerta del coche, pero yo no quería ni mirarlo. No podía hacerlo después de haber visto al niño allí tirado, a unos dos metros, con aquel disparo en la cabeza», explica Ginés Pérez, quien jura que nunca había observado en Antonio García comportamiento violento alguno. «Parecía llevarse muy bien con su mujer y nunca vimos discusiones ni peleas. Y con sus hijos era un padre muy normal, aunque parecía que los niños en general no le gustaban mucho».

Miguel Marín, propietario de una furgoneta frigorífica con la



Miguel Marín./M. BUESO

que abastece de pescado a la población de Las Palas y de otras

pedanías, recordaba ayer «las cientos de veces que habré ido a venderle pescado a esa familia».

En la noche del miércoles, apenas cuatro horas después de que hubieran sido encontrados los dos cadáveres, un vecino había telefonado a su casa para darles la mala noticia. «Cogió la llamada mi mujer, porque yo estaba descansando, y cuando me contó lo ocurrido le dije: «¡Cállate, mujer, ya te han tomado el pelo!». No podía creerlo y aún ahora me cuesta hacerlo», explicaba con los ojos anegados de unas lágrimas que se resistía a verter.

«Ahora —se queja— hay gente que se está inventando historias de todo tipo. Y es que hay personas que son la hostia divina».

«Es terrorífico planear la muerte de tu hijo durante tres meses»

Los vecinos de Las Palas vivieron ayer su segundo día consecutivo de dolor por la muerte del pequeño Ángel de Jesús y de su padre, Antonio Martínez García. La coqueta iglesia parroquial de San Pedro Apóstol se llenó de gente deseosa de apoyar a los familiares en un momento tan triste. «Es tremendo, es una auténtica tragedia perder a tu marido y a tu hijo», comentaban en voz alta algunos vecinos que aguardaban en la puerta del pequeño templo a que finalizara la misa oficiada por el vicario de Cartagena, Domingo López Marín.

En la pequeña pedanía de Fuente Álamo, cuyos habitantes viven principalmente de la agricultura y de una importante fábrica de rejas metálicas, todavía se respira el estupor por los momentos de dolor que se han padecido. «Maldita la hora en la que todo el mundo se ha enterado de que existimos», lamentaba otro vecino, apostado en uno de los dos coches fúnebres. «No sé por qué tiene que pasar estas cosas y más a una buena familia», se preguntaba.

Otros, enojados por la tensión, se dejaban llevar por las emociones: «Es terrorífico planear durante tres meses el asesinato de tu hijo. Lo que habrá tenido que pasar por la cabeza de ese hombre».

Representación municipal de Fuente Álamo en el sepelio

El entierro de Antonio Martínez García y de su hijo de 6 años congregó también a diversos amigos y conocidos de la familia. No faltó tampoco la representación oficial del Ayuntamiento de Fuente Álamo, con su alcalde, Miguel Pérez, a la cabeza y miembros de los diferentes grupos municipales.

Lourdes, madre del pequeño Ángel de Jesús y esposa de Antonio, llegó a la iglesia acompañada de una familiar con la emoción contenida y con el rostro sereno, propio de haber tomado sedantes. Las muestras de rabia apenas afloraron en la plazuela de la iglesia. Sólo la de una tía del crío, aturdida aún por los acontecimientos que estaba viviendo.

Los vecinos de Las Palas arroparon en todo momento a los familiares de los fallecidos. «Es que luego hay gente interesada que dice muchas tonterías sobre cuáles son los motivos de lo que matara al chiquillo. Y eso solo lo sabe el que va ahí», explicaba a este periódico un amigo de la familia, mientras señalaba con su dedo índice el féretro de color caoba con el cadáver de Antonio.

Periodistas de varias cadenas de televisión y agencias de noticias han visitado en las últimas 48 horas Las Palas para interesarse por el trágico suceso.